
PRESENTACIÓN

LA SOBERANÍA INDUSTRIAL Y LA AUTONOMÍA ESTRATÉGICA COMO IMPULSORES DE LA INNOVACIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA

RAÚL BLANCO DÍAZ

Secretario General de Industria y PYME

El impacto de la pandemia del COVID-19 en nuestras sociedades ha sido –está siendo– extraordinariamente importante. En su dimensión económica ha supuesto un incremento de la deuda pública –a niveles desconocidos en la historia económica reciente– y ha implicado decisiones políticas en materia económica de calado histórico y extensión desconocida, desde China a Bruselas. Con ello hemos entrado en una década transcendental para Europa y las relaciones atlánticas, en una nueva “geopolítica tecno-industrial” que reconfigurará nuestro mundo, en un momento de inquietud sobre la solidez de nuestros sistemas democráticos sometidos a tensiones populistas, cuya manifestación más visible ha sido el asalto –por las nuevas hordas reaccionarias– a uno de sus símbolos más representativos: el Capitolio de los EE.UU.

La pandemia ha aflorado deficiencias y fortalezas de nuestra economía y ha puesto de relieve la necesidad imperiosa de fortalecer y poner en un primer plano la base industrial europea. Unos cambios que venían gestándose desde hace tiempo pero que la pandemia ha acelerado, sobre todo, porque ha evidenciado los problemas de la dependencia externa en materiales tan básicos como mascarillas, ciertos medicamentos o respiradores, y también ha evidenciado que el Mercado Interior europeo debe ser defendido y reforzado para afrontar situaciones extremas.

La incertidumbre y la inestabilidad del suministro de productos y bienes esenciales, agravadas por los profundos procesos de reestructuración de la cadena de valor industrial iniciados en la década de los noventa han hecho saltar las alarmas. La firme decisión de China de consolidar su liderazgo tecno-industrial junto al desafío de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 de dar oportunidades vitales y bienestar a 9.000 millones de personas, también nos obligan a repensar y actuar sobre la soberanía tecno-industrial de Europa y en su seno, la de España.

Sin fortaleza industrial no hay sociedad del bienestar, algo que está en el ADN de la Unión Europea, nacida de la Comunidad Económica Europea, heredera de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y la Comisión Europea de Energía Atómica (Euratom). Y debe continuar siéndolo porque de lo contrario las oportunidades vitales se debilitan y nos abocan a un declive en nuestro bienestar que podría ser, también, de proporciones históricas. La estrategia industrial en consecuencia entra en el corazón de las políticas de bienestar y da soporte a las respuestas que necesitamos en estos momentos.

La soberanía industrial estratégica es la política económica europea a seguir en los próximos años. Así quedó confirmado durante el Consejo Europeo del 1 y 2 de octubre del 2020, definiendo la autonomía estratégica “abierta” como objetivo principal.

Autonomía que no debe confundirse con proteccionismo encubierto, ni miradas introspectivas sino con la resiliencia, la diversificación y la robustez de la base tecnológica e industrial europea para afianzar la competitividad europea y, por ende, la española, a nivel global.

A su vez, la política comercial europea se ha vuelto más asertiva. El objetivo es conseguir una autonomía estratégica abierta al exterior, contribuyendo a tener una Europa más competitiva globalmente y que siga beneficiándose de los mercados exteriores, mientras se trabaja de manera más rigurosa por optimizar el cumplimiento de las reglas y derechos comerciales, preservar la igualdad de condiciones (*level playing field*) y evitar distorsiones en el mercado interior de la UE. Con ello se reafirma que la autonomía no es proteccionismo, es lo contrario.

La Gran Recesión vivida a partir de 2008 afloró cambios en el proceso y en el ritmo de globalización económica en un marco de desequilibrios en el tablero geoestratégico y con serios rebrotes de políticas proteccionistas. A los grandes avances tecnológicos (principalmente, la digitalización) se unieron los incrementos de costes (laborales, logísticos, etc.), abriendo la puerta a una relocalización industrial progresiva de productos que marcharon hacia Asia en los 90 y, también, a una multilocalización estratégica que permitiera garantizar los suministros de manera más eficiente.

Estas tendencias se mantienen en la actualidad y la pandemia las ha acentuado. A mayor incertidumbre, mayor necesidad de reducir riesgos ante shocks múltiples. Las limitaciones del *just-in-time* extremo de algunos sectores como la automoción o la dependencia externa cuasi-absoluta de la provisión de tejidos para productos sanitarios han sido claros ejemplos.

En Europa, el reto de fortalecer la base industrial europea siempre ha sido un objetivo común, aunque difícil de alcanzar. El conocido objetivo de que la industria representara el 20% del PIB en 2020 no pudo cumplirse, pero han sido diversas y valiosas las iniciativas europeas de los últimos años en esta dirección. Por citar solo algunas: El *Renacimiento industrial europeo* (COM(2014)0014) promovido en 2014 por el Vicepresidente de la Comisión, Antonio Tajani, y su equipo (encabezado por el español, Daniel Calleja); los encuentros informales de Estados miembros Amigos de la Industria; la promoción de los consorcios IPCEI (*Important Project of Common European Interest*) y de la Alianza Europea de Baterías; o el Nuevo modelo de industria para Europa (COM(2020)0102), la muy esperada Estrategia Industrial Europea presentada por la Comisión Europea en marzo 2020, y cuya revisión -a raíz de la pandemia- fue publicada el pasado 5 de mayo bajo el título “*Actualización del nuevo modelo de industria para Europa 2020: Construyendo un Mercado Único más fuerte para la recuperación de Europa*” (COM(2021) 350 final).

Todas estas iniciativas confluyen en la necesidad de dotar de mayor resiliencia y robustez a la industria europea. Marcan un cierto despertar, por fin, de la visión de que Europa debe ser soberana industrial y tecnológicamente para consolidarse y reforzar su competitividad en un entorno global tan incierto como el actual. Así la soberanía industrial de Europa se ha puesto en primera línea de prioridad y es un vector clave del plan de recuperación económica, “*Next Generation EU*”. Son necesarias inversiones masivas para reforzar y acortar las cadenas de valor industriales y para reubicar de forma inteligente y estratégica la producción en Europa. Y así lo ha trasladado España a su Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia.

Y esto debe hacerse sobre la base de una apuesta clara por la investigación y la innovación, el fortalecimiento de las infraestructuras del conocimiento, tecnológicas y digitales, y el afianzamiento de alianzas comerciales internacionales que consoliden la competitividad global. Además, la innovación y transformación de la economía está sustentada en el aumento de las capacidades estratégicas industriales para capacitar nuestra transición ecológica y asentar un nuevo modelo económico sostenible, que además dote de mayor capacidad a las PYME europeas y españolas.

Este refuerzo de las capacidades industriales, robustas e innovadoras, debe prepararnos para dar respuesta a los retos presentes y futuros, pues con toda certeza sabemos que la industria es la mejor respuesta ante ellas. Tener unas capacidades industriales dotará a la UE y a España de una mejor posición ante un mundo incierto e inestable, y a su vez reforzará el peso geopolítico europeo a nivel global.

Finalmente, la ambición de soberanía industrial solo será posible si se apoya sobre políticas activas de colaboración público-privada. El papel del Estado emprendedor e impulsor se afirma más que nunca en el entorno actual. Los grandes proyectos industriales y tecnológicos como el desarrollo de las baterías o el hidrógeno solo avanzarán si se promueven proyectos tractores en los que empresas, Gobiernos, centros tecnológicos y Universidades sumen conocimientos y experiencia para transformarlos en valor industrial. Proyectos que además tengan la capacidad de volver a vertebrar territorios y sociedades, dado que la industria es el único sector con capacidad para hacerlo con garantías a largo plazo.

Europa debe ser soberana industrialmente para garantizar su resiliencia estratégica (capacidad de adaptación), su robustez (capacidad de responder) y su competitividad global (capacidad de liderar). Europa debe ambicionar lo mejor, pero prepararse para lo peor. Y todo ello no solo es compatible, sino que debe reforzar el Mercado Interior. No se pueden volver a repetir escenas de miedo y autoprotección entre Estados miembros como las vividas durante los primeros meses de la pandemia. Reforzar y recapitalizar las cadenas de valor industrial europeas debe ir en paralelo a reforzar el Mercado Interior, uno de nuestros principales activos.

La soberanía industrial aportará certeza en un mundo impredecible y aportará solidez geopolítica a Europa y a la vertebración económica y social de sus Estados miembros.